



# El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 90 91

←PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN←

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

←CONDICIONES←

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete y Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

←LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 91.←

JUEVES 18 DE FEBRERO DE 1892

## A LA NUEVA JUNTA LOCAL DE PRIMERA ENSEÑANZA.

Hoy que ha sido renovada en parte la Junta local de primera enseñanza de Cartagena, poniéndose al frente de ella personas de reconocido mérito y acendrado cariño á la instrucción, creemos oportuno escribir estas líneas por si tuviesen la suerte de llamar la atención de los señores á quienes van dirigidas.

Pocos son los pueblos de España en donde se cumple la Ley de instrucción pública en lo referente á exámenes escolares con más escrupulosidad que en nuestra querida ciudad.

Sabido es de todos los cartageneros, el interés y hasta exagerado empeño con que siempre han procedido en esta cuestión los componentes de la mencionada Junta, desde los Sres. Egza, Macabich, Lizana y aquel celosísimo Corregidor don Emilio Manuel de Ortega, hasta los Sres. Arroyo, Yglesias, Laymón y el infatigable D. Juan Miguel López y que todos y en todos tiempos se han excedido en el desempeño de su alta misión, no perdonando gasto ni sacrificio alguno; pagando muchos de su bolsillo particular imprevistos gastos á los que no alcanzaba el presupuesto municipal en lo referente á este concepto.

Ahora bien: ¿Respondieron los resultados obtenidos á los sacrificios enumerados?

No: La cuestión de los exámenes, certámenes, ó concursos generales entre los establecimientos escolares ha dado motivo á opiniones encontradas.

Unos los consideran como el medio más eficaz de promover la emulación entre los discípulos, tan necesaria para los progresos y una rivalidad entre los maestros muy provechosa á la buena dirección de las escuelas. Otros por el contrario, ven en estas luchas una peligrosa excitación del amor propio de los

jóvenes, y la causa de especulaciones repugnantes por parte de los profesores, que sacrifican á la prosperidad de sus establecimientos los estudios regulares y útiles.

Sin que pretendamos averiguar si los exámenes generales ó concursos escolares pueden ser útiles en la enseñanza secundaria, podemos decir que son perjudiciales en la elemental y sobre todo, cuando se aplican á la modesta instrucción primaria.

Entre estas dos enseñanzas hay una diferencia notable. La instrucción que se recibe en la secundaria es tan indispensable para los estudios especiales que hace después el discípulo en la profesión á que se destina, que, sin ella, se le cerrarían todas las carreras. Concíbese fácilmente que en la segunda enseñanza es útil excitar la emulación lo más posible para que los estudios se hagan con solidez, y no hay peligro en que se les dé demasiada extensión. Cuanto más sólidos sean, mayor será la aptitud del discípulo para los estudios especiales en que luego se ocupe.

La instrucción primaria no es un aprendizaje, pues el niño que sale de la escuela á los trece ó catorce años tiene que aprenderlo todo en el oficio ó profesión á que se dedica. Los trabajos corporales del operario no tienen relación directa con los de la escuela, si se exceptúa el cálculo y el dibujo lineal, que son indispensables para algunas industrias. No hay duda que la instrucción primaria desarrolla la inteligencia y dispone al niño á entregarse con fruto al trabajo manual que se le exige luego como aprendiz, pues siempre se ha observado notable diferencia entre los aprendices que han frecuentado las escuelas y los que no han adquirido los conocimientos de la instrucción primaria. Es así mismo cierto que la asistencia produce otro bien mucho más importante aun: el niño se acostumbra á la disciplina, adquiere hábitos de orden y obediencia, se ha-

ce aplicado y religioso. Pero en cuanto á ciencia, lo repetimos, no hay enlace necesario entre los estudios anteriores y el trabajo del oficio que aprende.

No hay, pues, ventura en extender desmesuradamente los estudios de la escuela primaria; antes, por el contrario, no conviene llevarlos demasiado lejos, porque podrían inspirar al operario inclinaciones que lo separasen del trabajo manual á que se destina. Si es, pues, útil desarrollar la inteligencia del alumno de las escuelas secundarias cuanto sea posible, es peligroso recargar el espíritu del de las escuelas primarias con conocimientos de que no tengan necesidad. Lo que importa en nuestras escuelas no es formar algunos niños sobresalientes, superiores al destino que les espera, sino dar á la masa general, instrucción suficiente para que sean operarios entendidos y laboriosos. Si los expresados exámenes no tendiesen á elevar el nivel de la instrucción primaria, serían buenos; pero no es así, sucede todo lo contrario y producen resultados funestos.

En primer lugar, excitan hácia la exageración á algunos alumnos privilegiados, dejando á la masa común en la más completa indiferencia.

En segundo lugar, promueven, no sólo la envidia entre los maestros, porque en último resultado, á ellos es á quienes se juzga y aprecia más bien que á los discípulos.

En tercer lugar, por muchas precauciones que se tomen, por mucho cuidado que se tenga, tienden á desnaturalizar la instrucción primaria separándola de su objeto, dándole una extensión cuyos inconvenientes hemos indicado.

La bondad de una escuela no consiste en la instrucción superior de algunos discípulos, sino en la instrucción suficiente de todos y al visitar la escuela se formaría muy equivocada idea, sino se examinara más que á los niños que el maestro

presenta dispuestos á responder á las preguntas superiores del programa, que, en aritmética, por ejemplo, pueden extraer la raíz cuadrada, la raíz cúbica y desenvolver la teoría de las proporciones. Los separamos para preguntar á la ventura á otros discípulos de la misma clase, los cuales por lo común, no saben ejecutar sin errores una multiplicación ó una división fácil. Parece que hay en muchas escuelas una especie de estado mayor encargado de representar la aptitud del maestro, compuesto de niños preparados con anticipación para sostener la lucha de los certámenes cuando las autoridades han cometido el error de permitirlos.

Los maestros atienden en esto á su propio interés. Tener un discípulo que ocupe el primer lugar en la lista de mérito, es un honor al que todo se sacrifica. La necesidad de sobreponerse á los demás llega á ser una verdadera pasión que turba el reposo de los maestros y los lleva á descuidar sus deberes. Hacen grandes preparativos para el combate, se fatiga á los jóvenes atletas con un trabajo excesivo, fuera de las horas de clase, con detrimento de la salud de los niños, y á veces durante la clase general con perjuicio de la mayoría de los discípulos. Hemos visto escuelas numerosas, más de ciento cincuenta niños, abandonadas á un pasante ó auxiliar, inhábil, ó insuficiente por lo menos, para conservar el orden y dirigir un trabajo útil, mientras el profesor se ocupa todo el día en la instrucción de los cuatro más adelantados. Este número cuatro entre ciento cincuenta no es una ficción, sino un hecho de cuya exactitud respondemos.

Nos parece que con lo dicho queda demostrado el perjuicio que se ocasiona á la instrucción con esos exámenes que con tanto aparato se celebran anualmente en nuestras escuelas y que en vista de sus negativos resultados debieran adoptarse otros métodos para que estos

actos fuesen una verdad. Hágase comprender al maestro que no se le ha de juzgar por los progresos de algunos discípulos elegidos, sino por los de todos, y entonces procurará perfeccionar la instrucción de la masa general, redoblará su celo para asegurar estos progresos y extenderá los únicos conocimientos útiles al pueblo, sin pretender traspasar los límites de la instrucción acomodada á las necesidades de la generalidad.

Y para esta clase de exámenes, los maestros se verán precisados á ocuparse de todos los discípulos, porque desearán que muchos de ellos obtengan la nota de buenos, y comparando el número de buenos y malos con el de los presentes, podrá reconocerse el mérito de los métodos adoptados, el celo y la actividad del maestro y cuales de éstos se han distinguido más en la verdadera instrucción. Así es como la Junta podrá juzgar con conocimiento de causa y saldrá de la rutina en que llevada de su buena fe viene viviendo uno y otro año, y merecerá el reconocimiento de las familias.

JOSE MARTI Y MATA.

La Mina (Albuñón).

## VARIEDADES

### EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

18 DE FEBRERO DE 1809.

*El Duque de Alburquerque derrota á una división francesa en las cercanías de Mora (Toledo.)*

Son tan interesantes los episodios que da á conocer la historia al relatar la época de la invasión francesa, que creemos interpretar el gusto de nuestros lectores al dar preferencia en esta clase de trabajo á los hechos acaecidos durante aquel glorioso período.

El Duque de Alburquerque uno de los caudillos que mayor fama alcanzaron entonces recorría al frente de sus escuadrones el territorio de Castilla la Nueva, conocido por «la Mancha», cuando al aproximarse á la villa de Mora divisó y const-

UNDRAMA EN NAPOLES.

131

Hubo un momento de silencio.

—Aceptáis? repitió el sacerdote en medio de la expectación general.

—Sí, balbuceó la joven.

Se hubiera podido creer que iba á desmayarse, tan apagada era su voz.

—Estos jóvenes harán una pareja deliciosa, pensaba Dom Luigi persuadido de que acababa de unir dos almas gemelas.

La misa se acabó sin otro incidente.

Sin embargo, Leonardo loco de inquietud, esperaba á cada momento que tuviera lugar un temblor de tierra, ó que ésta se abriera para sepultarlos como cuando se tragó á Coré, Dathan y Abiron.

—Misericordia! todo esto acabará mal, murmuraba el viejo sacristán.

Pero todo acabó con el mayor orden. La multitud que llenaba la iglesia salió lentamente: los recién casados salieron también. El cura de San Gennaro se quedó un poco mortificado al verse sólo, y sin haber recibido uno de esos cumplimientos con los que se paga un servicio.

—Mira, dijo Dom Luigi á Leonardo, creeme si quieres, pero según mi parecer ese gran señor es algo desagradecido.

—Bah! dijo Leonardo haciendo una mueca, para nada nos hacen falta sus favores.

—Sí, sí; *timeo Danaos et dona ferentes*, dijo Dom

EL ECO DE CARTAGENA.

130

una porción de señores disfrazados. Por lo menos el sentido de su discurso, hacía creer que era su idea.

En efecto, empleó circunlocuciones escogidas, perifrasis audaces: «Oh vosotros nobles caballeros congregados en este recinto... la ilustración de vuestro nombre... la grandeza de vuestras hazañas... vuestros antepasados os contemplarán satisfechos...»

Nada más divertido que observar la cara de aquellas gentes á quienes Dom Luigi concedía tan generosamente abuelos ilustres.

Cuando llegó el momento de cambiar el anillo nupcial, el futuro hizo un movimiento de rebelión, que Leonardo percibió muy bien, pero que el buen cura tomó por un acceso de sensibilidad.

—¿Qué misterio hay aquí? se preguntaba el sacristán. Mientras tanto Dom Luigi decía con la mejor gracia del mundo:

—Os obligáis noble conde, á tomar á la signora por esposa?

Aquél á quien se dirigía, hizo con la cabeza una señal que quería decir sí y no á un mismo tiempo.

—Muy bien, prosiguió Dom Luigi, que en aquel momento contemplaba la bóveda.

El desconocido se había aproximado á la pareja: quería percibirse de que la ceremonia se llevaba á cabo con todos los requisitos necesarios.

—Y vos, añadió Dom Luigi volviéndose hacia la signora, os dignáis aceptar al noble conde por esposo?

UN DRAMA EN NAPOLES.

127

llados en el pavimento, y sumidos en una muda plegaria.

Detrás de ellos se veía al noble extranjero, en una actitud que no tenía nada de recogida—al contrario—con los brazos cruzados y la mirada atenta parecía tener más bien una postura amenazadora. Acá y allá, detrás de las columnas, se veían hombres pobremente vestidos, ocultando bajo sus destrozadas capas, objetos que desde lejos parecían armas. Algunos de aquellos singulares espectadores habían tomado posición al abrigo del confesionario, como si quisieran atrincherarse detrás de una barricada; otros, cuya conciencia estaba probablemente más cargada, reclinaban la cabeza en cuclillas, ó apoyados en las balaustradas de hierro. Una luz tenue tamizada por las vidrieras de colores, iluminaba estos grupos, que Dom Luigi en su preocupación no había notado, pero que Leonardo, todo asustado, no se atrevía á mirar de frente, de tal modo le parecían sospechosos y terribles aquellos semblantes. En la imaginación de Leonardo la iglesia de San Gennaro, se había convertido en Corte de los Gigantes. La miserable gente que se veía en ella, parecía por su aspecto del baldaguino colocado encima del coro, de las glorias de yeso, de los mausoleos de mármol y de las colgaduras de terciopelo rojo que según la moda del país cubrían las columnas del santuario, no se comprendía lo que venían á hacer semejantes huéspedes al lado del altar de la Virgen adornado de flores